

ron de Steinbach, y yo fuí volando á la posada, en donde dejé pasmado á mi secretario cuando le dije que teníamos una hacienda en el reino de Valencia, y le conté el modo como acababa de adquirirla.—¿Cuánto puede producir esta pequeña heredad? me dijo.—Quinientos ducados de renta, le respondí, y puedo asegurarte que es una amena soledad. Yo la he visto por haber estado en ella muchas veces en calidad de mayordomo de los señores de Leiva. Es una casa pequeña, situada á la orilla del Guadalquivir en una aldea de cinco ó seis vecinos, y en un pais hermosísimo.

—Lo que me gusta mucho, exclamó Escipion, es que tendríamos allí caza, vino de Benicarló y excelente moscatel. Vamos, amo mio, démonos prisa á dejar el mundo, y llegar á nuestra ermita.—No tengo menos deseo que tú, le respondí, de estar allá; pero antes es preciso hacer un viage á Asturias, porque mis padres no deben hallarse en buen estado. Quiero ir á verlos, y llevármelos á Liria, en donde pasarán sus últimos dias con descanso. Acaso me habrá el cielo deparado este asilo para recibirlos en él, y si dejara de hacerlo así, me castigaria. Escipion apoyó mucho mi determinacion, y aun me escitó á ejecutarla: no perdamos tiempo, me dijo, ya tengo carruage. Compremos prontamente mulas, y tomemos el camino de Oviedo.—Sí, amigo mio, le respondí, marchemos cuanto antes. Me es indispensable partir las conveniencias de mi retiro con los que me han dado el ser. Presto estaremos de vuelta en nuestra aldea, y en llegando, quiero escribir en letras de oro sobre la puerta de mi casa estos dos versos latinos.

*Inveni portum: Spes et Fortuna, valet.
Sat me lusistis; lucite nunc alios¹*

¹ Hallé ya el puerto: á Dios, esperanza y fortuna:
Bastante me burlasteis, burlaos ya de otros.



LIBRO DECIMO.

CAPÍTULO I.

Sale Gil Blas para Asturias y pasa por Valladolid, donde visita á su amo antiguo el doctor Sangredo; y se encuentra casualmente con el Señor Manuel Ordoñez, administrador del hospital.



CUANDO me estaba disponiendo á salir de Madrid con Escipion para ir á Asturias, el duque de Lerma fué creado cardenal por la Santidad de Paulo V. Queriendo este papa establecer la Inquisicion en el reino de Nápoles, honró con el capelo á este ministro para empeñarle á hacer que el rey Felipe aprobase tan laudable designio. A todos los que conocian perfectamente á este nuevo miembro del sacro colegio, les pareció como á mí, que la iglesia acababa de hacer una excelente adquisicion.

Escipion que hubiera querido mas volver á verme en un puesto brillante de la corte que sepultado en un retiro, me aconsejó que me presentase al nuevo cardenal.—Puede ser, me dijo, que su eminencia, viéndole á vd. fuera de la prision por orden del rey, no crea ya deber fingirse irritado contra vd., y podrá admitirle de nuevo á su servicio.—Señor Escipion, le respondí, vd. ha olvidado sin duda que solo conseguí la libertad bajo condicion de salir inmediatamente de las dos Castillas. Fuera de eso, ¿me crees ya disgustado de mi quinta de Liria? Ya te lo he dicho, y lo vuelvo á repetir, que aunque el duque de Lerma me restituyese á su gracia, y me ofreciese el mismo puesto que ocupa Don Rodrigo Calderon, le renunciaria. Mi determinacion está tomada; quiero ir á Oviedo á buscar á mis padres, y retirarme con ellos á las cercanías de

la ciudad de Valencia. En cuanto á tí, amigo mio, si estás arrepentido de unir tu suerte con la mia, no tienes mas que decirlo, que estoy pronto á darte la mitad del dinero que tengo, y te quedarás en Madrid en donde adelantarás tu fortuna hasta donde pudieres.

—¿Cómo así? replicó mi secretario algo resentido de estas espresiones, ¿es posible que vd. sospeche que sea yo capaz de tener repugnancia á seguirle á su retiro? Esa sospecha ofende mi celo y mi inclinacion. ¿Pues qué, Escipion, aquel fiel criado, que por tomar parte en sus penas, hubiera pasado con gusto el resto de sus dias con vd. en el alcázar de Segovia, tendria ahora repugnancia en acompañarle en una mansion donde espera gozar mil delicias? No, señor, no, ninguna gana tengo de persuadir á vd. de su resolucion; pero quiero confesarle mi malicia: si le aconsejé que se presentase al duque de Lerma, fué únicamente para sondearle y ver si todavia le quedaban algunas reliquias de ambicion. Ea, pues, ya que se halla vd. tan desprendido de las grandezas, abandonemos prontamente la corte para ir á disfrutar de aquellos inocentes y deliciosos placeres de que nos formamos una idea tan risueña.

Con efecto, poco despues salimos de Madrid en una silla tirada de dos buenas mulas, guiadas por un mozo que tuve por conveniente agregar á mi comitiva. Dormimos el primer dia en Galapagar, al pié de Guadarrama, el segundo en Segovia, de donde salí sin detenerme, á visitar al generoso alcaide Tordesillas; pasé por Portillo, y llegué al dia siguiente á Valladolid. Al descubrir esta ciudad no pude menos de dar un profundo suspiro, que habiéndolo oido mi compañero, me preguntó la causa.—Hijo mio, le dije, es la de que exercí mucho tiempo en Valladolid la medicina; y sobre este punto me están atormentando los remordimientos secretos de mi conciencia, pues me parece que todos aquellos que maté, salen de sus sepuleros para venir á despedazarme.—¿Qué imaginacion! dijo mi secretario; sin duda, Señor de Santillana, que es vd. un pobre hombre. ¿Por qué se arrepiente vd. de haber hecho su oficio? ¿Por ventura los doctores ancianos sienten los mismos remordimientos? No señor, llevan la suya adelante con el mayor sosiego del mundo, imputando á la naturaleza los accidentes funestos, y atribuyéndose á sí solamente los felices.

—En verdad, repuse, que el doctor Sangredo, cuyo método seguia yo fielmente, era de este carácter. Aunque viesse morir cada dia veinte enfermos entre sus manos, vivia tan persuadido de la escelencia de la sangría del brazo, y de la bebida frecuente, á las cuales llamaba sus dos específicos para todo género de enfermedades, que si morian los pacientes, lo achacaba siempre á haber bebido poco, y á que no los habian sangrado bastante.—¿Vive diez! exclamó Escipion dando una car-

cajada, que me cita vd. un sugeto original.—Si tienes curiosidad de verle y oírle, repuse yo, mañana la podrás satisfacer, como no haya muerto y esté en Valladolid, lo que dudo mucho, porque era ya viejo cuando le dejé, y desde entonces acá se han pasado bastantes años.

Lo primero que hicimos, así que llegamos al meson á donde fuimos á apearnos, fué preguntar por el tal doctor. Supimos que aun no se habia muerto; pero que, no pudiendo ya visitar ni hacer mucho movimiento á causa de su gran vejez, habia abandonado el campo á otros tres ó cuatro doctores, que habian adquirido gran fama por otro nuevo método de curar, que no valia mas que el suyo. Resolvimos hacer parada el dia siguiente, tanto para que descansasen las mulas, como por ver al doctor Sangredo. Á cosa de las diez de la mañana fuimos á su casa, y le hallamos sentado en una silla poltrona con un libro en la mano. Levantóse luego que nos vió, vino hácia nosotros con paso muy firme para un setenton, y nos preguntó qué le queriamos.—¿Pues qué, señor doctor, le respondí, es posible que ya no me conozca vd., siendo así que tuve la fortuna de haber sido uno de sus discípulos? ¿No se acuerda vd. de un cierto Gil Blas que en otro tiempo fué su comensal y su sustituto?—¿Cómo así? me replicó, dándome un abrazo: ¿eres tú, Santillana? Cierto que no te habia conocido, y me alegro infinito de volverte á ver. ¿Qué has hecho despues que nos separamos? Sin duda habrás ejercido siempre la medicina.—Teníale, le respondí, mucha inclinacion; pero razones poderosas me apartaron de ella.

Peor para tí, replicó Sangredo; con los principios que aprendiste de mí hubieras llegado á ser un médico hábil, con tal que el cielo te hubiera hecho la gracia de preservarte del peligroso amor á la química. ¡Ah, hijo mio! exclamó arrancando un doloroso suspiro, ¡qué novedades se han introducido en la medicina de algunos años á esta parte! Á este arte se le quita el honor y la dignidad: este arte, que en todos tiempos ha respetado la vida de los hombres, hoy se halla en poder de la temeridad, de la presuncion y de la impericia; porque los hechos hablan, y presto alzarán el grito hasta las piedras contra el desórden de los nuevos prácticos: *lapides clamabunt*. Se ven en esta ciudad algunos médicos, ó que se llaman tales, que se han unido al carro de triunfo del antimonio: *currus triumphalis antimonii*: unos desertores de la escuela de Paracelso, adoradores del quermes, y curanderos de casualidad, que hacen consistir toda la ciencia médica en saber preparar algunas drogas químicas. ¿Qué mas te diré? En su método todo está desconocido: la sangría del pié, por ejemplo, en otros tiempos tan raras veces practicada, hoy es la única que se usa. Los purgantes, antiguamente suaves y benignos, se han convertido en emético y en quermes; ya todo

no es mas que un caos, en que cada uno se toma la libertad de hacer lo que se le antoja, y traspasa los límites del orden y de la sabiduría que nuestros primitivos maestros señalaron.

Aunque estaba reventando por reir al oír una declamacion tan cómica, pude contenerme; y aun hice mas, declamé contra el quermes, sin saber lo que era, y di al diablo sin mas reflexion á los que lo habian inventado. Advirtiendo Escipion lo mucho que me divertia esta escena, quiso contribuir tambien por su parte á ella.—Yo, señor doctor, dijo á Sangredo, soy resobrino de un médico de la escuela antigua, y como tal pido á vd. licencia para declararme enemigo de los remedios químicos. Mi difunto tío, que santa gloria haya, era tan ciego partidario de Hipócrates que se batió muchas veces con los empíricos, que no hablaban con el debido respeto de este rey de la medicina. La razon no quiere fuerza; de buena gana seria yo el verdugo de esos ignorantes novadores, de quienes vd. se queja con tanta justicia como elocuencia. ¿Qué trastorno no causan en la sociedad civil esos miserables?

—Ese desórden, replicó el doctor, va todavía mas lejos de lo que vd. piensa: de nada me ha servido publicar un libro contra esos asesinos de la medicina; antes al contrario cada dia van en aumento. Los cirujanos, cuyo gran hipo es querer hacer de médicos, se creen capaces de serlo cuando solo se trata de recetar quermes y eméticos, añadiendo sangrías del pié á su antojo. Llegan hasta el punto de mezclar el quermes en las pósimas y cocimientos cordiales, y cádate que ya se juzgan iguales á los grandes médicos. Este contagio ha cundido hasta dentro de los claustros. Hay entre los frailes ciertos legos, que son á un mismo tiempo boticarios y cirujanos. Estos monos médicos se aplican á la química, y hacen drogas perniciosas, con las que abrevian la vida de sus padres reverendos. En fin, en Valladolid se cuentan mas de sesenta conventos de frailes y monjas: contemple vd. ahora el destrozo que hace en ellos el quermes junto con el emético, y la sangría del pié.—Señor Sangredo, dije yo entonces, es muy justa la indignacion de vd. contra esos envenenadores: yo me lamento de lo mismo, y entro á la parte en su compasivo temor por la vida de los hombres, manifestamente amenazada por un método tan diferente del de vd. Mucho temo que la química no sea algun dia la ruina de la medicina, como lo es de los reinos la moneda falsa. ¡Quiera el cielo que este dia fatal no esté cerca de llegar!

Aquí llegaba nuestra conversacion cuando entró en el cuarto del doctor una criada vieja, que le traía en una bandeja un paucillo de uino, un vaso y dos garrafitas llenas, una de agua y otra de vino. Luego que comió un bocado, echó un trago en el cual ciertamente habia mezclado dos terceras partes de agua; pero esto no le libró de las reconvenciones que





me daba motivo para hacerle.—¡Hola! ¡hola! señor doctor, le dije; le he cogido á vd. en el garlito. ¡Vd. beber vino, cuando siempre se ha declarado contra esta bebida; y cuando en las tres cuartas partes de su vida no ha bebido sino agua! ¿De cuándo acá se ha contrariado vd. á sí mismo? No puede servirle de excusa su edad avanzada, pues en un lugar de sus escritos define la vejez diciendo, que es *una tisis natural que poco á poco nos va desecando y consumiendo*; y en fuerza de esta definición lamenta vd. la ignorancia de aquellos que llaman al vino *la leche de los viejos*. ¿Qué dirá vd. ahora en su defensa?

—Digo me respondió el viejo, que me reconviene sin razon. Si yo bebiera vino puro tendrias motivo para mirarme como á un infiel observador de mi propia doctrina; pero ya has visto que el vino que he bebido estaba muy aguado.—Otra contradiccion, le repliqué yo, mi querido maestro; acuérdesse vd. de que llevaba muy á mal que el canónigo Cedillo bebiese vino, aunque lo mezclaba con mucha agua. Confiese vd. de buena fé que al cabo ha reconocido su error, y que el vino no es un licor tan funesto como vd. lo sentó en sus obras, con tal que se beba con moderacion.

Hallóse nuestro doctor algo atarugado con esta réplica; no podia negar que en sus libros habia prohibido el uso del vino; pero como la vergüenza y la vanidad le impedian confesar que yo le hacia una justa reconvencion, no sabia qué responderme. Para sacarle de este pantano mudé de conversacion, y poco despues me despedí de él, ecshortándole á que se mantuviese siempre firme contra los nuevos médicos.—Ánimo, señor Sangredo, le dije; no se canse vd. de desacreditar el quermes, y persiga á sangre y fuego la sangría del pié. Si á pesar de su celo y amor á la ortodocsia médica, esa raza empírica logra arruinar la rigidez antigua, por lo menos tendrá vd. el consuelo de haber hecho cuanto estaba de su parte para sostenerla.

Al retirarnos mi secretario y yo á nuestro meson hablando del gracioso y original carácter del tal doctor, pasó cerca de nosotros por la calle un hombre como de cincuenta y cinco á sesenta años, que caminaba con los ojos bajos y un rosario de cuentas gordas en la mano. Miréle atentamente, y sin dificultad conocí que era el Señor Manuel Ordoñez, aquel buen administrador del hospital, de quien se hizo tan honorífica mencion en el capítulo xvii del libro primero de mi historia. Lleguéme á él con grandes muestras de respeto y le dije: saludo al venerable y discreto Señor Manuel Ordoñez, el hombre mas á propósito del mundo para conservar la hacienda de los pobres. Al oír estas palabras me miró con mucha atencion y me respondió que mi fisonomía no le era desconocida; pe-

ro que no podia acordarse en dónde me habia visto.—Yo iba, le respondí, á casa de vd. en tiempo que le servia un amigo mio llamado Fabricio Nuñez.—¡Ah! ya me acuerdo, repuso el administrador con una sonrisa maligna, por señas que los dos érais muy buenas alhajas é hicisteis admirables muchachadas. ¿Y qué se ha hecho el pobre Fabricio? Siempre que pienso en él me tienen con cuidado sus asuntillos.

—Me he tomado la libertad de detener á vd. en la calle, dije al Señor Manuel, precisamente para darle noticias tuyas. Sepa vd. que Fabricio está en Madrid ocupado en hacer obras misceláneas.—¿A qué llamas obras misceláneas? me replicó.—Quiero decir, le contesté, que escribe en prosa y en verso: compone comedias y novelas: en suma, es un mozo de ingenio, y es bien recibido en las casas distinguidas.—¿Y cómo lo pasa con su panadero? me preguntó el administrador.—No tan bien, le respondí como con las personas de calidad; porque, aquí, para entre los dos, creo que está tan pobre como Job.—¡Oh! en eso no tengo la menor duda, repuso Ordoñez. Haga la corte á los grandes todo lo que quisiere; sus complacencias, sus lisonjas, y sus vergonzosas bajezas le producirán todavía menos que sus obras. Desde luego os lo pronostico: algun dia le veréis en el hospital.

—Eso no me causará novedad, dije yo, porque la poesía ha llevado á él á otros muchos. Mucho mejor hubiera hecho mi amigo Fabricio en haberse mantenido á la sombra de vd., que á la hora de esta estaria nadando en oro.—Á lo menos nada le faltaria, respondió Ordoñez; yo le queria bien, y poco á poco le iba ascendiendo de puesto en puesto, hasta asegurarle un sólido acomodo en la casa de los pobres, cuando se le antojó querer pasar por hombre de ingenio. Compuso una comedia que hizo representar por los comediantes que á la sazón se hallaban en esta ciudad; la pieza logró aceptación, y desde aquel punto se le trastornó la cabeza al autor. Imagínose ser otro Lope de Vega, y prefiriendo el humo de los aplausos del público á las verdaderas conveniencias que mi amistad le preparaba, se despidió de mi casa. En vano procuré persuadirle que dejaba la carne por correr tras la sombra: no pude detener á este loco á quien arrastraba el furor de escribir.—No conocia su felicidad, añadió: buena prueba es de esto el criado que recibí despues que él me dejó: mas juicioso que Fabricio y con menos talento que él, se aplicó únicamente á desempeñar bien los encargos que le hago, y á darme gusto. Por eso le he adelantado como merecia, y en la actualidad está desempeñando en el hospital dos destinos, el menor de los cuales es mas que suficiente para sustentar á un hombre de bien cargado de una numerosa familia.



CAPITULO II.

Prosigue Gil Blas su viage, y llega felizmente á Oviedo: en qué estado halla á su familia. Muerte de su padre, y sus consecuencias.



DESDE Valladolid nos pusimos en seis dias en Oviedo, á donde llegamos sin habernos sucedido la menor desgracia en el viage, á pesar del refran que dice: *huelen de léjos los bandoleros el dinero de los pasajeros*. Á la verdad, si hubieran olido el nuestro, no habrian errado el golpe; y solo dos habitantes de una cueva habrian bastado para soplarnos nuestros doblones, porque en la corte yo no habia aprendido á ser valiente, y Beltran mi mozo de mulas, no parecia tener gana de dejarse matar por defender la bolsa de su amo; solo Escipion era un poco espadachin.

Ya era de noche cuando llegamos á la ciudad: nos apeamos en un meson poco distante de la casa de mi tío el canónigo Gil Perez. Deseaba yo tener noticia del estado en que se hallaban mis padres antes de presentarme á ellos; y para saberlo, no podia dirigirme á quien me informase mejor, que al mesonero y la mesonera, que sabia ser personas que no podrian ignorar cuanto pasaba en casa de sus vecinos. Con efecto, despues de haberme mirado el mesonero con la mayor atencion, me conoció, y exclamó fuera de sí:—¡Por San Antonio de Padua, que este es el hijo del buen escudero Blas de Santillana!—Sí por cierto, añadió la mesonera: el mismo es, y apenas se ha mudado: es aquel despabiladillo Gil Blas que tenia mas talento que cuerpo: pareceme que le estoy viendo cuando venia aquí con la botella por vino para cenar su tío.

—Señora, dije á la mesonera, no se puede negar que tiene vd. una memoria feliz; pero deme, vd. le ruego, noticias de mi familia: sin duda que mis padres no deben estar en una situacion agradable.—Demasiado cierto es, respondió la mesonera; por triste que sea el estado en que vd. pueda representárselos, no es posible imaginar que haya dos personas mas